



XIII.

VA que á la prosa hemos descendido, sigamos hablando de los escritos en prosa de Roa Bárcena. De todos, el más largo, el más importante y el de mayor trascendencia, fué el que intituló: «*Recuerdos de la Invasión Norte-Americana, por un joven de entonces.*» Al abrir el libro, la primera pregunta que á todos ocurre es: ¿el poeta Roa Bárcena fué también historiador? Él mismo se encarga de contestarla, desde el principio de la *Introducción*. «No es libro de historia éste, ni otra cosa que una serie de artículos varios —abundantes en noticias y datos históricos; pero que no pueden constituir una obra formal de aquel género— sobre la invasión de los Estados Unidos en Méjico en los años de 1846 á 1848.»

Prevenidos ó no, por esta advertencia del autor, encontramos en cada capítulo, una relación minuciosa y bien ordenada de los sucesos que refiere; pero rectificadas ó confirmadas más adelante, y corregidas

más tarde. «Carece de unidad en el plan (sigue diciendo el autor) y en sus páginas se trasluce más bien el ex-periodista humorístico, obligado á lidiar largos años con sus pobres recursos, contra adversarios como los Zarco y los Charles de Barrés, que el escritor que aspira á entrar en la rica heredad cultivada por los Alamán, los Lafuente y los Thiers.»

¡Oh! ¿Por qué acometió Roa esta empresa tan gloriosa y patriótica en la época de los desengaños y el desaliento? Si hubiera escrito esta historia, cuando trazó *la Quinta-Modelo en la Cruz*, cuando en *la Sociedad* blandió la pluma contra terríficos adversarios, habría sin duda refundido una y más veces sus artículos; y limándolos, y puliéndolos, y borrando ó compendian-do noticias y documentos, habría dado á su obra la unidad que confiesa que le falta, y la habría engalanado con ese estilo brillante, pero sobrio y sencillo, que nos deleita en sus cuentos y novelas cortas. Así habría endulzado al lector la amargura que necesariamente le causa la narración de una campaña tan desastrosa, y habría conquistado desde luego el puesto que le compete, si no junto á los Thiers, si en medio de los franceses que han escrito en los últimos años la historia del *año terrible* por excelencia, del infausto 1870.

¿Por qué no lo hizo, él, tan laborioso, tan constante, que trabajaba entre el ruido y la prosa de su despacho mercantil, lo mismo que en la quietud

de su alcoba? «Ni el tiempo disponible, ni lo escasísimo del brio que le queda se lo permitieron al autor,» respondía en Enero de 1883, cuando aún le faltaban *veinticinco años* de vida. No creo que padezca su memoria afirmando que no nos dijo *toda* la verdad. Lo que en realidad le faltó fué humor, fué aliento, fué valor, para estar vaciando de copa á copa, y mezclando y volviendo á mezclar, el brevaie emponzoñado de la historia de nuestros desastres. Retiradas, capitulaciones, descalabros, derrotas, desaciertos, pérdidas, desgracias, he aquí el resumen de toda la obra; y cuando alguna victoria se registra, al fin y á la postre resulta ser *victoria á medias*. Tarea tan ingrata como la relación de tantos infortunios, sólo se acomete por patriotismo, y se pasa sobre ella como sobre ascuas, rehusando volver á quemarse los dedos con el candente punzón que ha trazado tan negras líneas. Esto lo comprende y lo sabe estimar quienquiera que tiene corazón. Pero no por ello debemos lamentar menos, el que no nos haya dejado una obra bien pulida, cuyo brillo hubiera atraído á todas las generaciones, y construido para su autor *monumentum aere perennius*.

Voy á citar tan sólo algún pasaje, en que sacudiendo las cadenas del narrador, deja ver el fondo de su alma, veraz, patriótica, severamente imparcial. Al terminar el último capítulo, resumiendo cuanto ha dicho sobre la guerra, hace las siguientes reflexiones:

«Hemos visto que el convencimiento de la triste é

ineludible suerte reservada á la República, dió sér aquí, en 1847, al grupo anexionista que juzgó preferible á tal suerte, ó sea á la absorción parcial sucesiva, la formal incorporación de Méjico á los Estados Unidos en virtud de un pacto solemne que nos hiciera participantes de todos los derechos y ventajas de sus propios ciudadanos.»

Ignoro si este grupo ó partido, dió algún paso positivo en sentido anexionista, fuera del platónico bríndis del *Desierto*. Si tal hizo debe haber salido ignominiosamente desairado. Tal se deduce de las Memorias del Presidente Polk, recientemente publicadas. No cabía en la previsión de los vencedores, imaginarse el incremento y la riqueza que en pocos años había de hacer célebres las regiones recién conquistadas, y ya pensaban en darles una forma cualquiera de nación independiente. En cuanto á la idea de entrar desde luego á formar parte integrante de la Unión Americana, lo sucedido con las Filipinas, y las Islas Hawaii, y la lección que el ex-Presidente Roosevelt dió á los Egipcios en su ominoso discurso, manifiestan el candor columbino de los que con tales utopias soñaban. «No estáis maduros para el régimen constitucional. — Os haremos el honor de que seáis colonia nuestra, mientras aprendéis á ser libres.» Tal habría sido, tal fué quizá la respuesta de los Estados Unidos.

«Por una parte (sigue diciendo Roa Bárcena) la

aversión á esta solución, que el deber de la propia conservación rechaza; y por otra parte, aquel mismo convencimiento de la pérdida gradual é inevitable de Méjico. . . . alarmaron más y más á nuestro pueblo, y una fracción suya, no pequeña, volvió á preguntarse lo que de algunos años atrás se había preguntado: si la influencia Europea en América, tan rechazada y execrada de nuestro natural enemigo, sería el único elemento eficaz de resistencia á la ejecución de sus planes.

«Esta idea, antigua de suyo, una grave complicación diplomática en Méjico en 1861, y la rebelión de los Estados del Sur en el pueblo vecino, rebelión que naturalmente lo debilitaba y abstraía, hicieron creer en la conveniencia y oportunidad de establecer aquí, al amparo de la intervención de Inglaterra, Francia y España, no obstante las espinas, los peligros, y hasta la repugnancia naturalísima de la ingerencia de extraños en los asuntos propios, un Gobierno que, ajeno á nuestros odios y rencillas, hiciera reinar la justicia y la paz, abriera y aprovechara nuestros todavía cegados veneros de riqueza, y agrupara y organizara las fuerzas vivas de Méjico para salvar su nacionalidad, que los partidos todos consideraban, no sólo amenazada sino también casi perdida. Pero debemos creer que tampoco esta vez la voluntad de los hombres iba de acuerdo con los designios providenciales. La liga tripartita fué deshecha por la habi-

lidad de Juárez y Doblado. El Gobierno de Napoleón III, que acometió por su sola cuenta la empresa, vaciló en el momento decisivo; se abstuvo de reconocer en la Confederación del Sur el carácter de beligerante, y, vencida ella, á una simple orden del Secretario norte-americano de Estado, Seward, retiró aquél de Méjico sus tropas, cuya permanencia, por lo mal dirigidas, había sido más adversa que favorable, á los fines con que vinieron. Entretanto el Príncipe, dotado de las más bellas y nobles cualidades de un héroe de los tiempos antiguos, pero que carecía de las raras condiciones de fundador de imperios, y carecía del dón de gobierno, luchaba y era vencido, y recibía la muerte con el valor de los Hapsburgos, no inferior al de los generales nuestros, que le defendieron en la epopeya sangrienta de Querétaro, y le acompañaron en el cadalso.»

Después de este trozo brillante, que bastaría por sí solo para acreditarlo como historiador, sigue ponderando Roa el poderío siempre creciente de los Estados Unidos, y sus aspiraciones, que no cambian, aunque hayan cambiado las circunstancias con respecto á Méjico. Trata de la lucha, que ha de ser sin tregua, aunque por otros medios que en 1846 y 1847, y concluye con esta profecía ó aspiración.

“Podría Méjico, en el momento supremo, formar en batalla ante el enemigo común (de la raza latina) bajo la bandera propia y tradicional de su raza; la

bandera que hizo retirar de Roma á los bárbaros, que anegó en Lepanto el formidable poder de la Media-Luna, y que descubrió y civilizó la mayor parte de las repúblicas americanas: *la bandera del Catolicismo.*"

¡Ay, no! Con esta bandera ya no se combate contra la gran República, quien al contrario, ostenta la Religión Católica, como la estrella más brillante de cuantas adornan su glorioso estandarte. Libre la Santa Iglesia en los Estados Unidos más que en muchos países latinos, protegida de cierto, más que en Méjico, con libertad sus ciudadanos para fundar grandes establecimientos de piedad y beneficencia, sin temor de perderlos al día siguiente; pudiendo educar á sus hijos en la religión de sus padres, y sepultar á sus muertos conforme á sus ritos, no sería por cierto el temor de la persecución el que llamara á Méjico á la lucha contra la República vecina. En esto sí, Roa Bárcena no fué profeta.

Quizás en la Biografía de Pesado fué más historiador que en los *Recuerdos* que acabamos de revisar. No sólo fue poeta el protagonista, sino político que desempeñó altísimos cargos, y se vió mezclado en los grandes acontecimientos que cambiaron la faz de Méjico, en la primera mitad del siglo pasado. Roa que lo conocía íntimamente, y que había sido testigo ocular de los sucesos en que figuró aquél, preparó bien sus materiales de antemano, y no caminó á tientas co-

mo en otras narraciones. Cuando nos habla de Pesado como vice-gobernador de Veracruz, ya sabe que más tarde lo presentará como ministro de los Presidentes Bustamante y Bravo; cuando insinúa su conexión con los masones, conoce de antemano su conversión y sus grandes méritos para con la Iglesia. De nada trata que no sepa con certeza, y por consiguiente no hay lugar á rectificaciones ni adiciones, de esas que convierten una historia en simple narración ó serie de artículos.

Un solo capítulo forma una excepción á lo que acabamos de afirmar. Es aquél en que habla de la llegada al país del primer Delegado Apostólico Monseñor Luis Clementi, Arzobispo de Damasco, y de las trabas que el Gobierno Mejicano, apoyado en doctrinas regalistas, opuso á su alta misión. Ya impreso, casi en su totalidad, el libro vinieron dudas á Roa, acerca de la ortodoxia de ciertas doctrinas y la licitud de ciertas apreciaciones. Consultó á un canonista amigo suyo; borró y modificó lo que éste le aconsejara, y quedó el capítulo tal como lo leemos.

La Biografía de Gorostiza ha sido muy celebrada; pero sucede lo que con los *Recuerdos*: no es historia. Empieza con el *Discurso* pronunciado no pocos años antes en el *Liceo Hidalgo*, y añade varios capítulos á guisa de comentario, no manifestándose enteramente seguro de todas sus noticias y todas sus aserciones. En ésta, más que la crítica del poeta dramático, es in-

teresa la narración anecdótica de la campaña del Coronel improvisado. Su valor, su serenidad, su sangre fría en la batalla de Churubusco resaltan admirablemente, y la autoridad con que se impone al General Twiggs entre los contrarios, y al temerario Comandante D. José M. Hidalgo entre los propios, nos lo hace sumamente simpático.

De la pluma de Roa salieron dos manuales escolares, uno de Historia y otro de Geografía de Méjico. Del primero me decía que le había propuesto el Gobierno actual, que modificara ciertos puntos, y lo haría adoptar como libro de texto en las escuelas oficiales. El, siempre fiel á su axioma: *Quod scripsi scripsi*, rehusó absolutamente. Yo de buena gana lo impondría como texto á mis escuelas católicas, terminándolo, verídicamente, hasta el día de hoy, abreviando casi todas las respuestas sobre el gobierno de los virreyes y presidentes, ampliando lo que se refiere á la Iglesia, y omitiendo, casi en su totalidad, los *mitos* sobre las tribus indígenas anteriores á la dominación española. A la categoría de *mitos* consigno igualmente la *Historia anecdótica de los tiempos anteriores á la conquista*. Muchos la admiran y yo también la considero muy valiosa; pero solo como *mitología* indiana; no como historia verídica y bien fundada. No obstante, estoy dispuesto á rectificar este mi juicio, como todas las demás opiniones que aventuro, y que salen del camino trillado.



XIV.

EN el género de literatura, que menos estimó, y que casi no tomó á lo serio, es en el que Roa ha sido últimamente más admirado y con mayor entusiasmo elogiado: *en la novela corta*. Muchas escribió en la primera, y en la última época de su vida; pero aquéllas fueron en su mente armas de combate, ó juguetes literarios para dar variedad á su periódico; las últimas, mero entretenimiento con que llenar los ocios de su verde vejez, ó complacer á sus amigos. *La Quinta-Modelo*, publicada en *La Cruz*, justifica por sí sola la exactitud de mi aserto. La caricatura tan perfecta que delineó con mano maestra de los tribunos de aquella época, de sus discursos, de sus utopias, de sus fracasos, produjo quizá mayor efecto que los brillantes artículos de controversia que adornaban las Revistas y periódicos que redactó. Con la misma intención dictó la poesía humorística titulada: "la Bata de Martín." *Buondelmonti* es un episodio de la época que más se presta para romances en